

REVELACIONES DE LAS MUSAS

SILVIA PRATT



Universidad Autónoma
del Estado de México



Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

Carlos Eduardo Barrera Díaz

Rector

Doctor en Ciencias Computacionales

José Raymundo Marcial Romero

Secretario de Docencia

Doctora en Ciencias Sociales

Martha Patricia Zarza Delgado

Secretaria de Investigación y Estudios Avanzados

Doctor en Ciencias de la Educación

Marco Aurelio Cienfuegos Terrón

Secretario de Rectoría

Doctora en Humanidades

María de las Mercedes Portilla Lujá

Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Ciencias del Agua

Francisco Zepeda Mondragón

Secretario de Extensión y Vinculación

Doctor en Educación

Octavio Crisóforo Bernal Ramos

Secretario de Finanzas

Doctora en Ciencias Económico Administrativas

Eréndira Fierro Moreno

Secretaria de Administración

Doctora en Ciencias Administrativas

María Esther Aurora Contreras Lara Vega

Secretaria de Planeación y Desarrollo Institucional

Doctora en Derecho

Luz María Consuelo Jaimes Legorreta

Abogada General

Maestra en Salud Animal

Trinidad Beltrán León

Secretaria Técnica de la Rectoría

Licenciada en Comunicación

Ginarely Valencia Alcántara

Directora General de Comunicación Universitaria

Doctor en Ciencias Sociales

Luis Raúl Ortiz Ramírez

*Director de Centros Universitarios y
Unidades Académicas Profesionales Región A
y Encargado del Despacho Región B*

REVELACIONES DE LAS MUSAS

Dirección de Publicaciones Universitarias
Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

Carlos Eduardo Barrera Díaz

Rector

Doctora en Humanidades

María de las Mercedes Portilla Luja

Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Administración

Jorge Eduardo Robles Alvarez

Director de Publicaciones Universitarias

SILVIA PRATT

REVELACIONES DE LAS MUSAS



Universidad Autónoma del Estado de México

"2024, Conmemoración del 60 Aniversario de la Inauguración de Ciudad Universitaria"

Esta obra literaria fue realizada con el apoyo del Sistema de Apoyos a la Creación y Proyectos Culturales (SACPC), a través del Sistema Nacional de Creadores de Arte emisión 2021.

Primera edición, mayo 2024

REVELACIONES DE LAS MUSAS

Silvia Pratt

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C.P. 50000

Tel: 722 481 1800

<http://www.uaemex.mx>

Registro Nacional de Instituciones y Empresas Científicas y Tecnológicas (Reniecyt):
1800233



Esta obra está sujeta a una licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Los usuarios pueden descargar esta publicación y compartirla con otros, pero no están autorizados a modificar su contenido de ninguna manera ni a utilizarlo para fines comerciales. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx>

ISBN: 978-607-633-824-7

Hecho en México

El contenido de esta publicación es responsabilidad
de las personas autoras.

Director del equipo editorial: Jorge Eduardo Robles Alvarez

Coordinación editorial: Ixchel Edith Díaz Porras

Gestión de diseño: Liliana Hernández Vilchis

Corrección de estilo: Eduardo Acosta Monroy,

María Consuelo Barranco Monroy

Formación: Antonia Aguilar Araujo

Diseño de portada: Luis Alberto Maldonado Barraza.



CONTENIDO

CALÍOPE	15
CLÍO	29
ERATO	43
EUTERPE	57
MELPÓMENE	71
POLIMNIA	85
TALÍA	101
TERPSÍCORE	113
URANIA	127

*Para la doctora Carmen Álvarez Lobato,
con todo mi afecto y agradecimiento por las horas
que ha estado inmersa en la lectura de mi obra y porque
se ha internado en los resquicios de los poemas.*

*¡Tan sagrado es el don de las Musas para los hombres!
De las Musas y del flechador Apolo
descienden los aedos y citaristas que hay sobre la tierra;
y de Zeus, los reyes.
¡Dichoso aquel de quien se prendan las Musas!
Dulce le brota la voz en la boca.*

HESÍODO

Teogonía

Soy Mnemosine, guardiana de la memoria. De mis nueve noches de unión con Zeus, nacieron mis nueve hijas en un parto múltiple. Mis amadas y emblemáticas musas. Custodian las artes y brindan inspiración a los virtuosos, así resguardan la tradición. Ellas no olvidan, mantienen viva la sabiduría. Ese fue mi legado. Cada una de ellas cumple su destino. Calíope domina los versos épicos y la elocuencia, Clío enseñorea la historia y la epopeya, Erato escudriña la poesía amorosa, Euterpe abraza la música, Melpómene oficia la tragedia, Polimnia encumbra himnos y cantos sagrados, Talía reviste la comedia y el canto pastoril, Terpsícore armoniza la danza y el canto coral, y Urania ostenta la mirada astronómica. Conocen mitos y símbolos, arraigan las raíces de los testimonios en el devenir del conocimiento. Con voz propia, revelan algunos de sus enigmas y secretos.

CALÍOPE

Soy Calíope,
hija de Zeus y de Mnemosine.
Soy madre de Orfeo.

Camino en las laderas del Olimpo,
morada de deidades,
con mis otras hermanas, las musas.

Mi túnica de seda
acaricia los suelos sin emitir sonido,
tan ligera como mis pisadas
que se funden con el viento.

Ciñe mi frente una tiara brillante
porque el eco de la brisa
repite que soy la más insigne,
aunque a veces porto unas guirnaldas.

Mi alimento es el culto y la invocación
de quienes acuden a mí.
La luz de mis ojos
penetra el alma de mis elegidos,
muevo su mente y su mano.
Como un rayo,
mis dedos tocan su destino.

¿De dónde obtuve mis dones?
del hálito divino y de la memoria.

Entre pliegues,
mi vestimenta guarece mis talentos,
los velos de la creación me envuelven.

Soy la musa de los versos épicos,
soy la musa de la elocuencia,
mi voz resuena en el umbral del universo.

En la mano derecha
un pergamino resguarda los poemas,
en la mano izquierda
una trompeta dirige el vaivén de mi aliento.

Hago que la poesía colme los espacios.

Mis manos, eslabones entre las palabras.

Palpitan día y noche
en mis oídos los cantos órficos,
su raigambre vibra en las constelaciones.

No conozco la muerte,
mi sino es trascender los siglos
para prodigar inspiración a los mortales.

*¡Ea, célebre Odiseo, gloria insigne de los aqueos!
Acércate y detén la nave para que oigas nuestra voz.
Nadie ha pasado en su negro bajel sin que oyera
la suave voz que fluye de nuestra boca.*

HOMERO, *Odisea*, canto XII

Viaje fundacional.

Transitoriedad.

Días efímeros.

Noches perecederas.

Ignoramos
cuánto durará nuestro periplo
en este fuego
que nos va menguando a cada instante,
en este viento
que enardece las flamas cada vez más,
en este mar alevoso que gime por nosotros.

Ignoramos qué umbrales hemos de surcar
en el discurrir de nuestra existencia.
Un peregrinaje que nos deja exhaustos,
que vulnera las plantas de los pies
y va agrietando las palmas de las manos.
Sólo la muerte congela los senderos.

Fue Odiseo un espejo
en que todos nos revelaríamos.
Ícono de aventuras y lances escabrosos.
El azar como testigo.

Odiseo, arquetipo de mi propia odisea.

¿Cuál es el sentido de este viaje?

¿Soy acaso la heroína
que ha desbrozado incertidumbres,
que ha reconocido vaticinios,
que ha hecho frente a minotauros,
que ha resistido los vientos clandestinos?

¿Soy acaso una náufraga de sus propios pasos,
una náufraga que huyó de escauceos insomnes,
una náufraga que se extravió en su propio laberinto,
una náufraga esclavizada por el canto de sirenas?

¿Cómo ensordecer ese canto que me acosa?

¿Cuál será mi devenir?

¿A qué Ítaca puedo retornar?

Del latín *sarcophāgum*
y del griego σαρκοφάγος (*sarkophāgos*)
'que come carne'.

Sarcófago de las Musas.
Museo del Louvre, Departamento de Arte Etrusco,
siglo II d.C.

Desde tiempos remotísimos,
un vórtice de enigmas
estigmatizó al hombre.

Nuestros ancestros
con asombro develaron
cómo gota a gota
se agotaba el aliento hasta el último estertor.
La sombra de la guadaña estaba ahí.

¿Dónde entonces consignar a los difuntos?

Contrafuertes en la liturgia de la existencia,
los rituales funerarios.
Bálsamos de incienso.

Un sarcófago es encarnación de la muerte,
un recinto donde se fragua
la metamorfosis final de los mortales.

Cuánta sobriedad,
cuánto silencio.

Tal sepulcro es un útero que resguarda
al cuerpo inerte para su sosiego.
Un refugio anhelante, un albergue fiel,
morada para aliviar las tribulaciones vividas.

Pictogramas, vasos funerarios,
relieves, imágenes antropomorfas,
símbolos de la tradición.
Cientos de años incorruptos,
hoy son vestigios, testimonios de lo que hubo.

Sarcófago, receptáculo de epidermis áridas
cuando las almas emigran
hacia los escondrijos del infinito.
Reposa en catacumbas.

Aunque hayan transcurrido milenios,
el azoro ante la muerte permanece incólume.
Un jeroglífico al rojo vivo.

El Pensador de August Rodin.

La Puerta del Infierno,
Museo Soumaya, Ciudad de México.

*La forma desnuda del hombre no pertenece
a ningún momento de la historia,
sino que es eterno, y puede ser visto con alegría
por la gente de todas las edades.*

AUGUST RODIN

No existe el tiempo.

Un hombre sin edad.

Bronce arquetípico.

Mente y cuerpo, un solo ser,
decía Platón.

Vigorosa figura *El Pensador*,
músculos torneados,
cada poro de la piel destila fuerza.

Abstracto el pensamiento.
Con sus virtuosas manos
Rodin lo hace tangible.

El pensamiento aflora,
circunda la epidermis.
La corteza que es piel
se temple y se funde con la idea.

Y percibimos la transfiguración
en la curvatura de la espalda,
en el enigma del gesto,
en el sigilo de las manos.

Su mirada al infinito.
Y parece que respira.

Dedos mediatibundos
sobre el mentón y la rodilla,
un brazo como arrecife
sostiene el peso de la reflexión.
Los pies aferrados al suelo,
dedos descalzos que absorben
la vibración de la tierra.

Todo el cuerpo participa,
por las venas se adivina un torrente ágil.

Ese hombre puedes ser tú,
puedo ser yo,
puede ser todos los hombres del mundo.

Espíritu impetuoso,
hálito perenne,
aura palpitante.

Elocuencia viva.

¿Acaso reflexiona sobre el origen,
sobre el universo,
sobre la muerte?

¿Piensa en el avispero de enigmas
que genera la existencia?
¿Piensa en los umbrales sombríos de la mente?
¿Piensa en la angustia, en el dolor?

Las dudas son las mismas
por los siglos de los siglos.

Cuántos bronces han quedado en la memoria
a lo largo de las centurias.

Ni un ápice de viento.

Soledad.

Quietud.

Silencio.

La Musa dormida, de Constantin Brancusi.
The Metropolitan Museum of Art,
Nueva York.

*Miren las esculturas hasta que las vean.
Aquéllos más cercanos a Dios las han visto.*

CONSTANTIN BRANCUSI

Cabeza recostada, sin cuerpo,
los rasgos apenas son esbozo,
piel depurada, sin oquedades.
Ondas del cabello se perfilan.

Atemporal, hierática.

Sólida pureza del ser.

Hechura ovoide nos remite al germen,
al huevo originario,
al símbolo de todos los principios.

Bronce, mármol o alabastro,
esa figura podría procrearse decenas de veces,
pero cada una es única,
cobra su propia existencia,
vive su propia travesía onírica.

Si una musa reposa,
¿qué sobreviene?
Todo se tiñe de gris,
sólo el silencio fluye.
Aridez en el mundo.

Hundida en el sueño,
su hálito transita por parajes subrepticios.

Si los párpados de una musa se cierran,
las pupilas del artista se nublan,
estériles sus oídos, dedos paralizados.

Relojes estáticos, horas sin sentido.

Sin las musas,
eco mudo la altísima nota de un violín,
buriles anquilosados, pinceles huérfanos,
libros sin tinta, lienzos en blanco.

¿Qué sueña la musa?

¿Cuál es su destino?

¿Dónde reposa su alma mientras duerme?

CLÍO

Soy Clío,
hija de Zeus y de la titánide Mnemosine.

Soy quien cuenta los días
y vislumbra lo que sucede a cada instante.
Bajo mi túnica almaceno
años lunares, estelares décadas, siglos nebulosos.

Mi designio es ser musa
de la historia y de los cantos épicos.

Ciñen mi frente unos laureles.
En la mano diestra sostengo un clarín
y en la izquierda, un rollo de pergamino
o quizás un libro de Tucídides.

Mi destino es dar a conocer epopeyas,
triumfos y fracasos,
sostener las insignias,
los blasones de la paz y de la guerra.
Doy cuenta de amores y de odios,
esbozo la fama o la difumino.
Doy voz a quienes relatan el pasado,
así las hazañas perviven con tinta indeleble.

Por el monte Parnaso paseo
hojeando cientos de páginas.

A pesar de los siglos, mi cuerpo no envejece,
en mi piel se funden el ayer y el hoy,
cada uno de mis poros guarda una efeméride.

Heredé la memoria de mi madre,
atesoro legajos de calendarios
y recopilo monogramas.
Tengo vista de lince y nunca duermo,
respiro el aire de todos los puntos cardinales.

Guío el girar de las eras,
cada segundo hilvana un hecho y más,
la trama nunca se agota.
Quienes narran los acontecimientos
ansían vislumbrar el final del laberinto.

Yo sólo los guío,
yo sólo ilumino sus páginas,
yo sólo soy testigo
por los tiempos de los tiempos.

Cuevas de Altamira en España
y de Lascaux en Francia.

*La cueva a la que te da
miedo entrar contiene
el tesoro que buscas.*

JOSEPH CAMPBELL

Transitar de milenios.

Cuánto enigma resguarda una gruta.
Santuario de atributos
que conforma un todo con la humanidad.

Refugio mágico.
Escondrijo del silencio.
Madriguera de la oscuridad.

Gruta sacra,
quizá cuna de rituales.
Cada poro asila un anónimo vestigio.

Ferviente hematita, fieles minerales
y acérrimo carbón
engendraron los colores
del bestiario estampado en las rocas.

Con los dedos como espátulas,
con pinceles de pelo de animal
o con plumas de ave,
nuestros ancestros plasmarían
pigmentos en imágenes
como testimonio de su presencia.

Lienzo pétreo.

Oleada de figuras,
emblemas reveladores en tropel.

Manos arcaicas,
manos arcanas,
manos artistas,
esas manos sostenían el mundo.
Manos como las tuyas,
como las mías.

Signos que son interrogantes,
que son rasgos,
que son pasado.

Revelan cosmovisiones,
revelan certidumbres,
revelan incógnitas,
nos revelan a nosotros mismos.

Al origen nos acercan esas cuevas,
la piel de sus paredes sigue murmurando.

¿Qué más podremos descifrar?

Y nosotros,
¿qué huellas vamos a heredar?

Monasterio, proviene del griego
μοναστήριον, monasterion,
se deriva del verbo μονάζειν, monazein,
'vivir en solitario'.

*Mi imaginación es un monasterio
y yo soy el monje.*

JOHN KEATS

Sobriedad.

Mutismo.

Aroma a piedra,
piedras que son testigos,
que trascienden las épocas.
De los estoicos muros
emana un soplo hierático.

Cuánto misterio enclaustrado.
Canto espiritual, plegarias silentes.
Días y noches enmudecidos,
como si sólo el aire tuviera voz.

Sublime silencio.

Silencio que se siente en la piel,
como el que se palpa
en la soledad de una artera cumbre,
en el desamparo del desierto,
en la oquedad del crepúsculo,
en el insomnio de una acre madrugada.

Los monasterios se replican
en todos los espacios de la tierra.
Ejes del mundo.

Sus bóvedas son calcos de la cúpula cósmica.
Arcos ojivales, arcos de medio punto,
rosetones y vitrales consagran la luz.

Claroscuros.

Los corredores,
laberintos cuya puerta nadie busca,
con arcadas que se repiten hasta la infinitud
como en un espejo de mil caras.
Cuántas pisadas inaudibles
se alojan en la memoria de la cantera.
El filo del campanario insiste en tocar el cielo.

Meditación y misticismo.

Las piedras centenarias susurran,
su eco llega hasta nosotros.

¿Qué revela el monasterio?

¿Saciaría ahí el silencio su sed?

Rosetón mayor de Notre Dame de París,
Catedral gótica, siglos XII-XIV.

*Ángeles dorados tocaban el violín cerca
de la bóveda, a la que trepaban los relieves
platerescos de los órganos; detrás del coro,
en lo alto de las naves laterales, las ventanas
y rosetones dejaban pasar la luz deshaciéndola
en rojo, azul, verde y amarillo.*

LEOPOLDO ALAS "CLARÍN", *La Regenta*

Ideal de perfección, el círculo.

Círculo místico, círculo sagrado
que resguarda lo absoluto.

Habita en el cielo y se replica en la tierra.
Dualidad en espejo.

Intemporal.
Sin principio ni fin.
Esfera lunar, rueda de los tiempos,
rueda del alfarero, anillo iridiscente del sol
se repiten una y otra vez.

Eterno retorno, ideograma inmortal.

Petroglifos.
Ouroboros.
Mandalas.
Flor de Oro.

Un rosetón arraiga en sí un halo majestuoso.

Motivos que son cíclicos,
que son concéntricos,
forjan un telar infatigable,
hasta simulan encajes selectos.

Como la marea,
la mirada fluye en vaivenes incorpóreos
del contorno a la médula.

Cada rosetón posee su propia esencia,
simbolismo rebosante de enigmas,
un germen inefable,
un tributo a lo sublime.

En piedra, en vidrio, en papel,
los rosetones atesoran su propia palabra,
los rosetones pregonan su propia voz.

Círculos de luz.

*Luego vi un cielo nuevo y una tierra nueva
—porque el primer cielo y la primera tierra
desaparecieron, y el mar no existe ya.*

APOCALIPSIS 21:1

El universo observa
una alfombra de cadáveres,
estupefacto ante nuestro dolor
el mundo también se consterna.

Misera explicación para tanta muerte,
para tanta pesadumbre
transformada en cenizas.

Sabemos que el Apocalipsis vaticina
que vendrán un día
cuatro jinetes sin reparo en su misión.
Y los esperamos.

Estamos ciegos.
No advertimos que su sombra y su silueta
se perfilan desde siempre al acecho.

Así está escrito en la Historia.

El rumor de sus monturas se adivina
en guerras antiguas y presentes,
ardientes o frías;
en la hambruna de niños raquíticos
con vientres abultados;
en la plaga de Galeno, en la peste de Justiniano,
en la gripe rusa o española;
en terremotos, derrumbes o tsunamis.
Ávida, la parca se atraganta hasta la saciedad.

¿Acaso no son los espectros cabalgantes?
¿Acaso no están aquí presentes?

En las cuatro lindes de la tierra
hoy habita la peste apocalíptica
a causa de un virus demoniaco, racimo del mal.
Como hierba ponzoñosa,
los difuntos bullen.
Bitácoras pútridas.

Duelos deshabitados,
en entierros y cremaciones
nadie abraza el alma de los deudos.
Sólo remembranzas,
llanto en solitario entre cuatro diques.

Vivimos en un dédalo sin salida,
calles desiertas, jornadas sin aroma,
meses extraviados, un pantano la existencia.

Como un estigma,
esta plaga palpitará en las páginas
del devenir de nuestro siglo.

Agujero negro que nos traga.

¿Cuántos más se irán?

ERATO

Soy Erato,
vi la luz del mundo
después de nueve lunas de unión entre deidades.
Zeus y Mnemosine, mis progenitores.

Como legado me otorgaron
la poesía lírica amatoria,
así lo revelan las rosas que acicalan mi pelo.

Una lira porto en la mano izquierda
y, a veces, una flecha a manera de hechizo.
Eros me acompaña siempre,
de ahí los poemas amorosos
que en todas las épocas inspiro.

Cordial es mi sonrisa y mi apariencia.
Entre las plegaduras de mi túnica,
custodio lo sutil del erotismo.

Dicto a los poetas el ritmo de los versos,
en la cadencia emulan el fluir del océano
y la pulsión de la bóveda celeste.
Engendro en ellos la belleza, aunque duela.

Para mí el amor es tiempo,
un instante que se incrusta en la piel
y en un beso se eterniza.

Pero también la pasión hiera,
como un agujón, una púa llameante
que se va encajando lentamente
en los piélagos de la piel.
Porque el desamor existe,
también el extravío.

Vive en mí la dualidad,
las efigies del amor y de la muerte.
Eros teje los hilos entrañables,
Tánatos los desteje abruptamente.

A Eros lo ven todos junto a mí,
pero sólo yo avizoro la sombra de la hoz
que a mi lado camina al acecho sin tregua.
Intuyo su presencia,
adivino sus huellas,
distingo su aroma.

Un arrecife de coral deviene en aguas estigias.

Paraíso y Averno.

Se ama a cuentagotas o en torrente,
se muere cuando el amor agoniza.

De ahí trasciende
la sal de las lágrimas,
la salsedumbre del quebranto,
lo salobre del vacío.

Kintsugi, *carpintería de oro*,
técnica japonesa para reparar cerámica,
siglo xv.

La herida es el lugar por donde entra la luz.

YALAL AD-DIN MUHAMMAD RUMI

Nacemos todos con un estigma
que horada nuestro ser:
 la esquirra de la muerte.
Y nos resignamos.

Con los años,
la añoranza, el desarraigo,
el sinsentido, las oquedades
van urdiendo resquebrajaduras
que se vuelven cavernosas
hasta transformarse en cicatrices.

Y en los lindes de la memoria las ocultamos.

Cuántas veces el abismo nos engulle,
porque somos débiles,
y vamos arrastrando la propia historia,
el abandono, la orfandad.
Y nos sentimos rotos.
¿Cómo rescatar los fragmentos?

¿Cómo redimir nuestras mañanas?
¿Cómo desvanecer las cicatrices
si se enraizaron en la piel?

Si después de un eclipse asoma la claridad,
si las sombras se tiñen de luz en cada amanecer,
si con polvo de oro, plata o platino
pueden restaurarse las fisuras de la porcelana,
¿acaso podemos resurgir nosotros,
acaso podemos recomponer el mundo?

Mostraré los entresijos de mis heridas,
no las soterraré más,
con un pincel etéreo cubriré cada resquicio,
con bálsamos y alquimia renovaré mi esencia.

Lentamente la cicatriz refulgirá en mi piel
como de las cenizas luce de nuevo el ave mítica,
fénix de todos los tiempos.

Como fondo musical
Aria para la cuerda de sol,
de Johann Sebastian Bach.

*Paradójicamente, ser capaz de estar solo
es la condición para ser capaz de amar.*

ERICH FROMM

Ostracismo crepuscular.

Unas manos me guían en el ocaso,
me revelan un camino paralelo
tapizado de veladas huellas.

Hacia las primeras sombras transito.

Me aterra el vacío.
Ante mí, la vastedad de los abrojos.

La cadencia del violín me seduce,
penetro en una dimensión que desconozco.
Notas perennes,
espejo del latir de la existencia,
el palpitar de las cuerdas
va internándose lentamente en mi cuerpo.

Paraje solitario.
Ignoro dónde estoy, sólo respiro.

Desbordante la cuerda de sol,
vibra mi piel con los vibratos,
in crescendo va la música
hasta que el eco roza la cima del cosmos.

Yo solamente me estremezco.
La nota más aguda me trastoca
y mi ser estalla en llanto.

Reconozco tus manos que añoro,
continúo por un sendero diáfano.

Como se esfumó Eurídice
ante la mirada de Orfeo,
una vez más
tu silueta se pierde en la neblina.

A contraluz.

*Es necesario descender al fondo primitivo
del alma, asumir las tinieblas, vivir el temor
de lo primordial para así acceder a la luz.*

CARL GUSTAV JUNG

¿Dónde encontrar el inframundo?

Dice la tradición que debajo de la tierra,
quizá se entra a él por alguna oquedad.
Puerta a lo desconocido,
fuego, brasas, rescoldos.
Aire como vaho y ceniza.
Tártaro tenebroso.

Agua del dolor.
Agua de los lamentos.
Agua del olvido.

Territorio de difuntos.

Quizás un aroma pútrido
se percibe desde la distancia.
Ni siquiera los buitres
podrían acercarse a esos sórdidos parajes.
Perniciosa aridez.

Y nosotros,
¿cuántas veces hemos visitado el inframundo?,
¿cuántas veces hemos caído en el quebranto?,
¿cuántas veces nos hemos despeñado en el caos?,
¿cuántas veces el llanto ha sido un caudal que nos ahoga?

Visitar los mundos inferiores
es palpar la soledad más lancinante,
es el periplo más aterrador.

Sólo la luna desde lejos
es capaz de custodiar mis pasos.

Noche de luna llena.

Rodeada de ortigas penetré en el abismo.
A lo lejos la vi,
ella estaba viva y con fuerza me abrazaba,
sus ojos desbordando amor de madre,
pero sus lágrimas eran guijarros
y las mías granos de sal.
Un sobresalto y entre neblinas
se diluyó como castillo de arena.
Para siempre.
Pétreo el tiempo.
Sombras inhóspitas.
Desamparo.

Noche de luna nueva.

Acre oscuridad luctuosa.
Me vi en el cráter del volcán extinto
rodeada por una niebla lodosa,
sin reconocer el sitio ni la hora,
sin distinguir un solo asidero del entorno.
Todo era gris,
los grises más recalcitrantes me envolvían.
¿Todo daba vueltas a mi alrededor
o yo giraba como derviche infatigable?
Ni una sombra, ni el eco de una voz.
Un frío calcinante.
Noche atávica.
Soledad.

Noche de luna menguante.

Inmersa en horas de madrugada insomne,
el tiempo agreste corría lento,
cada instante era un cactus
encajándose en mi piel.
La ceguera de la luna me cegaba
y la tormenta hería los cristales.
Otra vez tú, junto a mí,
encarnando aquel beso
y abandonando para siempre mi piel.
Te escabullías en la bruma primigenia.
Ávida sed, luto silente.
Dolor escalofriante.
Ausencia.

El canto del gallo mi salvación.

*El camino a todas las cosas grandes
pasa por el silencio.*

FRIEDRICH NIETZSCHE

*La respiración continua del mundo es aquello
que oímos y llamamos silencio.*

CLARICE LISPECTOR

Una vez más,
como caracol obstinado
que repite sin tregua el crujir de la espuma,
te revelas en mí.

Como fuente insobornable,
en tintineo translúcido
me recuerdas la fugacidad del minutero.
Y mi existencia avanza.

Telarañas, una trampa invisible en mi piel
el tiempo teje y teje.

Una vez más
los días me deslumbran con misterios,
las noches me anohecen en insomnios calcinantes.

Hacia dónde, me pregunto,
hacia dónde este sendero tantas veces bifurcado
en meandros clandestinos.

Hacia la sombra voy,
hacia la luz ensombrecida,
hacia el destello que late entre la umbría,
hacia el perpetuo claroscuro
que se perfila
a través
del vitral de la muerte.

Una vez más
me hostigan las dudas.
Cuántos enigmas forjan
en mi pensamiento una capa de limo.

Al mirar la infinitud me extravió:
agonizantes estrellas que aún respiran,
rocas revistiendo temibles montañas.
Cielo y Tierra en equilibrio.

En mi habitual insomnio escribo,
las palabras soportan la pesadumbre de la noche.

Una vez más
la soledad se revela en las formas:
sábana raída con tu aroma en el recuerdo,
pabilo consumiéndose como yo lo hago,
vaho oscuro que corroe las ventanas.

Una vez más
me habita la luz de cocuyos y luciérnagas.
En cada parpadeo atrapo el parpadeo de la luna.

Una vez más
me asumo en el silencio.

EUTERPE

Soy Euterpe,
como mis hermanas
nací del amor de Mnemosine y de Zeus,
soy la musa de la música.

Se dice que muestro eternamente un buen talante.

Tuve un hijo al que llamamos Reso,
en la guerra de Troya lo perdí,
pero sigo escuchando su voz en el ulular del aire.
Por eso, soy amante de los instrumentos de viento.

Una corona de flores ciñe mi cabeza.
Siempre llevo en mi mano un aulós,
oboe doble que cautiva los sentidos.

Me han dicho que la música proviene de los dioses.
Así lo creo.

Ritmo y melodía son mis consignas.
Día y noche bosquejo partituras,
con la luz fraguo las notas blancas,
con las sombras forjo las notas negras.

Con mis manos modelo corcheas,
bemoles y sostenidos.
Prodigo dones,

claves de sol y de fa.
Siembro acordes por doquier.
Como batuta, mi dedo índice
elige a los virtuosos que cimbrarán el mundo,
toca su espíritu.

No necesito palabras sino sonidos.
He construido un andamiaje de notas en el pentagrama
que llega hasta los horizontes celestes,
bien lo decía Pitágoras
al revelar la música de las esferas.

Sinfonía cósmica,
armonía pura,
resonancia sin límites.

Música ancestral,
música profana,
música sacra,
música funeraria,
himnos, salmodias y cantos gregorianos.

Entre sonoridades y silencios deambulo.
Fluye en mis venas la cadencia de los siglos.
Con el metrónomo escudriño
la transitoriedad de la existencia,
el ritmo de la vida y de la muerte.

Entre arpeggios se ocultan
los enigmas de las musas.

*Soy yo, la Música, quien con sus dulces
acentos sabe apaciguar los corazones
alterados y que puede inflamar, de cólera
o amor, los espíritus más fríos.
Cantando a los sonos de mi cítara de oro,
acostumbro a alegrar los sonidos de los mortales
e incito al alma a desear más ardientemente
entender las armonías de la lira celeste.*

CLAUDIO MONTEVERDI,
Prólogo de la ópera La fábula de Orfeo.

Dos manos acarician la lira,
su sonido permanece incólume
y sigue estremeciendo con sus ecos míticos.

Una ofrenda de Apolo a Orfeo.

Consorte inseparable de los versos,
la lira milenaria forjó su resonancia
en el caparazón de una tortuga,
sus dos brazos como cuernos
y la magia de sus cuerdas
volvieron sagrada aquella música.

Siete filamentos como astros del cosmos
o doce como luces zodiacales,
eslabones entre el universo y el mundo,
encarnación de la consonancia sideral.

Orfeo tañía la lira como nadie,
el músico y poeta
abrevó en la sapiencia de las musas.
Su canto melódico
envolvía a flora y fauna,
y hasta el último guijarro se conmovía.

Su amor por Eurídice era como roca,
pero una siniestra serpiente siseante
con veneno clandestino lo despeñó.

Eros y Tánatos en pugna.

Por su amada,
Orfeo descendió al inframundo
y por mirar atrás
las neblinas insidiosas la engulleron.

Del melódico instrumento sólo fluyó dolor,
dedos virtuosos tañían lágrimas.

Así se gestó el quebranto.

Canto órfico, efigie de la ausencia.

Al morir Orfeo,
las musas añorarían su lira,
pero en el domo celeste quedaría constelada.

Perpetua luz.

Un lirio que se abre en lontananza.

La Cantoría, de Donatello.
Museo dell'Opera del Duomo de Florencia.

*La escultura no consiste en el simple
labrado de la forma de una cosa,
sino en el labrado de su efecto.*

JOHN RUSKIN

Mármol que habla.

Réplica de los movimientos
y de los sonidos del mundo.

Manos escultóricas,
una llamarada el toque de las musas.

Un bloque de piedra transformado
en relieves,
en formas,
en arte,
en vida.

Cadencia que no cesa,
dynamismo de lo estático,
flagrante lenguaje de los cuerpos,
figuras pletóricas de brío.

Escenario vívido *La Cantoría*,
consignada al coro,

dos espacios en una balconada.
Cinco brazos vigorosos las ménsulas
con motivos que parecen filigrana,
cinco cohortes de columnillas gemelas,
equilibrio estoico.
Cinco que simboliza la armonía,
la unión, el universo.
Y simboliza al hombre.

En los nichos, niños alados
cantan y danzan con rostros efusivos,
ligereza del atuendo y de los gestos.

Halo palpitante de la música.

Reminiscencias dionisiacas.

Dos cabezas en bronce
enmarcadas en dos círculos
en el centro inferior de la escena,
como ojos vigilantes,
como testigos legendarios.

Donatello vive
en cada ápice marmóreo,
en cada viso de color,
en cada tez de los cantores.

Canto y danza,
la música como respuesta a lo inefable,
a la esencia de lo divino.

Escuchando el *Adagio BWV 974*,
de Johann Sebastian Bach/Alessandro Marcello.

*Toco las notas como están escritas,
pero es Dios quien hace la música.*

JOHANN SEBASTIAN BACH

Seis toques en una misma nota.
Seis acordes.
Seis acordes más.

Lentitud.
Vibratos.
Soy esa nota solitaria
que transita en un espacio sin nombre.

Una melancolía ancestral
invade mi cuerpo.
Esa melodía proviene de muy lejos,
llega sin respuestas.

Como las notas del pentagrama
camino lentamente,
las plantas de mis pies se llagan
buscando el origen de esos sonidos atávicos,
pero es inútil.
Y el dolor es lacerante.

¿De dónde emana este pesar,
por momentos desamparo,
que me desarraiga del mundo
y me colma de un vacío ácido?

Un sonido más grave hace eco,
insiste en que todo es un enigma.

Los acordes no cesan,
una y otra vez fulguran
reiterando que la muerte está ahí, latente,
mientras la vida fustiga con filos de añoranza.

Y añoro el lenguaje de nuestras miradas.
Unas manos rozan apenas el piano
como alguna vez acariciaste mi piel.

Melancolía es ausencia.
Melancolía es el aroma de un beso.
Melancolía es la soledad de las estrellas.
Melancolía es tu mirada.
Y frío y sed y cansancio.
Y lluvia que no cesa.

El llanto, contenido desde siempre,
se congela.

Escuchando el *Adagio*,
toco el fragmento del cielo
que es mío por pertenecer al universo,
pero también el abismo me devora.

Es una dulzura aterradora
que acaricia y desgarrar,
que nace quizá de la génesis del cosmos.

Escuchando la *Serenata en re menor*,
de Franz Schubert.

*Mis creaciones son fruto del conocimiento
de la música y del dolor.*

FRANZ SCHUBERT

Me sumo a la pesadumbre
de las notas blancas y de las negras,
como a lo negruzco y lo pálido
del telar de los días y las noches.

Me sumo al desconsuelo melódico del piano
que colma de paz
y al incisivo palpitar de los acordes
como el dolor que nos acosa.

Me sumo a la nostalgia
que emiten las cuerdas del violonchelo
y al fragor de sus ecos.

Me sumo a la angustia antiqüísima
que resguardan las estrellas
y a cada titilar que impulsa nuestro aliento.

Me sumo a la orfandad
que nos invade desde la primera luz.

Somos almas solitarias
que nos fundimos en un beso,
sólo un roce de la piel nos consuela
y nos permite soportar la faena sisifésca
de impulsar la roca hacia la cúspide.

Y nos fundimos tú y yo,
como la dulzura del piano
con el gemido del violonchelo,
en sincronía de estatuas pétreas
sin soltarnos de la mano.

Y transitamos así,
en esa oquedad que horada y debilita,
con esa serpiente que de pronto despierta
y se enreda en nuestro pecho,
desgarra nuestras vísceras
y estruja el corazón hasta que aflora el llanto.

MELPÓMENE

Soy Melpómene,
me parió Mnemosine,
soy fruto de su amor por Zeus,
pero nací con la mirada ensombrecida.

Soy la musa de la tragedia,
emblema de la esencia de la humanidad.
En la mano derecha sostengo una máscara,
en la otra, un cetro o un puñal con huellas de sangre,
calzo siempre mis coturnos
y una diadema se entrevera en mi pelo.
Mi atuendo se asemeja al de mis hermanas.

La máscara trágica es mi insignia,
revela los pesares que padece el mundo.

Tejo los misterios que envuelven a los hombres
y las leyes que conjuran sus destinos.
Invoco la fuerza del drama del diario acontecer.
Encarno la fatalidad y el peso de la existencia,
exalto los sentimientos dolorosos
y las pasiones para depurar el espíritu.

Gracias al genio que heredé de mi madre,
conozco el corazón de todos los mitos,
transito en ellos sin tiempo ni lugar,
los infundo en generaciones presentes y venideras.

Son la huella ancestral que permanece viva.

De día y de noche, realizo viajes míticos,
atravieso esa finísima línea
sólo con el pensamiento.

Soy la poseedora de los ditirambos,
detono las expresiones simbólicas
y hago que las almas se estremezcan.

Sobriedad.

Éxtasis.

Hierático culto dionisiaco es la tragedia.

Deambulo por el recinto escénico
infundiendo luz a los personajes,
truenos y relámpagos en la tramoya
son obra mía.

Muevo los hilos de un sinnúmero de actores,
del coro, de los corifeos, de los heraldos.
Forjo el brío en su voz.

Destino, Némesis y Catarsis
son mis guías.

Pero también purifico.

*Debo forjarme una sonrisa, armarme con ella,
ponerme bajo su protección, tener algo que interponer
entre el mundo y yo, camuflar mis heridas,
aprender por fin a llevar la máscara.*

E.M. CIORAN

Danzas, ceremoniales, magia.

¿Qué misterio se oculta tras una máscara?
¿Qué hay detrás de ella,
una piel joven o un enjambre de arrugas?

Arquetipo universal del enigma.
Careta de todos los tiempos.

En los cuatro confines de la tierra existen máscaras.

¿Albergan el germen de las sombras
porque ocultan el fulgor de una mirada?
¿Albergan el germen de la luz
porque emiten un vislumbre en sus contornos?

Rito del alma,
ritual ante la vida y ante la muerte.
Máscara sacra.
Máscara simbólica.

Quien la porta, disfraza la verdad
que atesoran las pupilas,
encubre los gestos que revelan al ser,
silencia un sinfín de parpadeos.

Máscaras del bien y del mal,
siempre ahí, siempre presentes,
en ceremonias fúnebres, en rituales dionisiacos,
en fiestas de siembra y de cosecha,
en actos carnavalescos,
en ritos chamánicos, en ceremoniales religiosos.
Ornamentos legendarios, vivos.

¿De qué nos protegen y nos blindan?
¿Acaso silencian nuestros demonios,
soterran nuestras obsesiones y nuestras lágrimas,
nos vuelven a todos arlequines,
nos infunden el espíritu del animal que nos custodia?

Dos máscaras nos definen,
íconos del destino trágico y del destino jubiloso,
un gesto de sonrisa y otro de pesadumbre,
lucha de los contrarios.
Melpómene y Talía,
dos musas, dos universos,
drama y comedia, dualidad encubierta.
Así nuestro diario transitar.

Me asomo al mundo
y miro que todos portan una máscara,
incluso a veces invisible.

Yo también poseo la mía,
es el rostro de un jaguar,
emblema de quien retorna del inframundo.
Aunque a veces llevo un antifaz enlutado.

Si alguien se atreve a quitarse ese artificio,
advierte la podredumbre humana,
percibe la presencia de los heraldos sombríos
y los rastros de los corceles de la adversidad.

¿Qué baile de máscaras vivimos en nuestra existencia?
Días y noches enmascarados.

Hasta cuándo, me pregunto, hasta cuándo.
Mascarada atávica.

¿Llegará el día en que no haya subterfugios?
¿Será acaso en el instante de la muerte?

*Sometido estoy a la violencia presente
por haber concedido favor a los hombres.*

*En una débil caña puse la semilla
del fuego que robé... ¡Este es el castigo
por tal delito, cosido con cadenas
al peñasco y expuesto al libre viento!*

ESQUILO, Prometeo encadenado

Sin el fuego
un frío de tundra se anquilosa en la médula,
un frío marmóreo se instala en los dedos artríticos,
un frío fulgurante trastoca la mirada.

Sin leños enardecidos
las hogueras estarían hambrientas,
las velas incólumes no extinguirían su cuerpo,
viviríamos en un piélago de tinieblas.

Atado a aquella legendaria roca,
Prometeo sufrió como expiación
que a diario un buitre carcomiera su hígado.

¿Quién no ha sido una vez como aquel mítico héroe,
quién no ha entregado una antorcha de pasión
a una piel desierta,
quién no ha soportado el vaho agónico del desconsuelo,
quién no ha sentido que un ave carroñera
despedaza nuestra entraña?

Todos padecemos el abandono y la ausencia,
estamos encadenados a los riscos del mundo
y pretendemos huir,
hundirnos en el averno
sintiéndonos los seres más solitarios.

Pero existe el ritual del fuego nuevo.
Y nos purificamos.

Fuego en ceremoniales,
fuego en ritos de cremación,
fuegos festivos,
fuego ancestral y de hoy.

El más rojo de los fuegos.
Sus brazos pretenden alcanzar el sol.

Un paisaje yermo y anhelante,
nuestros cuerpos estériles,
ardientes miradas enceguedidas
sin el fuego.

Orestes perseguido por las Furias, 1862,
Adolphe William Bouguereau,
Chrysler Museum of Art, Norfolk, Virginia.

Monumento o Tumba de las Harpías,
pilar funerario 480-470 a.C.,
ciudad licia de Janto, en la actual Turquía.

*Sobre el maldito desátese el canto, airado,
loco, rabioso y frenético, para perder
el juicio. Canto sin son de liras. ¡Himno
de las Erinias que encadena las almas, que con
pavor horrendo a los mortales seca el cuerpo!*

ESQUILO, *Trilogía de Orestes: III. Euménides*

Se intuye su presencia,
son ellas, con distintos nombres:
Erinias, Euménides o Furias,
perviven en nuestra memoria.

Desde antes de que aparecieran los dioses,
un lóbrego espacio era su morada.

Infernal se revela su rostro canino,
melena serpenteante,
lágrimas sanguinolentas caen de su mirada
y aliñan su figura alas de murciélago.

Así las revela la cerámica ática.

Mujeres abominables,
íconos de la venganza,
persiguen a quienes perpetraron algún mal.
Su lema es el castigo,
férreos verdugos.

Una tea ardiente en su mano
para ubicar a los culpables
en cualquier escondrijo de la tierra.
Sólo una fuerza brutal puede atajarlas.

En sus faenas las secundan voraces harpías,
rostros de mujeres encarnados en pájaros.
Con estridentes aleteos emulan el brío del viento,
como aves de rapiña ostentan sus garras.

Y adivinamos su imagen
cuando el vendaval azota los postigos,
cuando su aullido se estampa en los cristales.

Percibimos los pasos de las Furias
siempre cerca de los nuestros
cuando las ríspidas obsesiones nos torturan,
cuando la mordedura de la culpa nos lacera,
cuando el remordimiento es glacial como la muerte.

Y se desata una borrasca en la conciencia.

¿Cómo expiar el lastre que todos arrastramos?

¿Cómo extirpar los escollos subrepticios?

¿Dónde sanar la sangrante piel atormentada?

¿Dónde hallar las castálidas aguas que purifican?

*Es conmovedor en las óperas ver
que cuando lloriquea la que canta,
todo el coro la consuela.*

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Una voz única
se escuchó en la vastedad
y el Verbo expandió su resonancia
más allá de los astros
en los albores de los tiempos.

Cada hombre tendría también
una peculiar expresión.
Ímpetu volcánico es la voz,
pero adquiere un impacto inenarrable
si la alabanza se hace en conjunción.

Sincronía perfecta,
como la marea que se mueve
hacia el solidario horizonte,
como olas que parecieran alas.

Arcoíris de voces, tejido orquestado.
Sonido sin edades,
trascendencia melódica.

En los míticos ditirambos
abrevaron los coros del antiguo teatro
y compartían el sufrimiento.

Evohé, evohé,
así invocaban las bacantes a la deidad.
En círculo, siempre en círculo,
danzas y cantos, un estallido vocal.

Somos los hombres
un ensamble coral en la tierra,
somos comparsas
en el abandono, en el dolor, en el lamento.

A viva voz los coros se revelan
en templos,
en peregrinajes,
en invocaciones.

Para acompañarnos,
para consolarnos,
para hilar una plegaria
en enmarañadas lenguas
enhebrando un solo eco.

POLIMNIA

Soy Polimnia,
nací del vientre de Mnemosine
y del hálito vital de Zeus.

Mi morada es el Olimpo,
pero en cada rincón de Grecia me conocen
al igual que a mis ocho hermanas.

Nívea es mi vestimenta
porque simbolizo los cantos sagrados,
porque encarno lo sacro en cada ápice de los himnos.

Siempre medito, ese es mi quehacer,
ni siquiera resiento el roce de las manecillas.
Siempre pensativa,
en los amaneceres y en los crepúsculos.
Por horas permanezco estática,
como si fuera mi propia sombra.
Mis ojos se clavan en el pretil del horizonte.
A la distancia, parezco una estatua,
plácidamente respiro.

Sobre una roca descanso el brazo,
bajo el mentón poso mi mano, como ademán favorito,
como si sostuviera la solemnidad del mundo.
Mis dedos finos hilvanan las palabras de los cantos.

Plenos de pliegues mi manto y mi túnica,
ahí se engendran las ideas y la expresión.
A veces me envuelve un velo,
cortina ante el entorno,
para abismarme en mis cavilaciones.

Ese velo también me transfigura en enigma.

Soy la mujer que gesta todos los himnos.
Alabanzas a los dioses,
encomios a los hombres,
loas a aquello que resguarda lo hierático.

Como mis hermanas,
soy portadora y centinela de las artes.
Siembro briznas de luz
en el alma de los predestinados.

Se dice que las musas
poseemos un aura profética,
la brisa de nuestra iluminación
nunca se extravía,
siempre fructifica en virtuoso suelo.

*¿En qué momento o cuándo cantarás,
corazón, a la sagrada Delos, de Apolo nutricia?
En efecto, todas las Cíclades, las más sagradas
de las islas que en el mar se hallan, merecen himnos.*

CALÍMACO, *Himno IV A Delos*

Todas las islas
se gestaron con el mismo germen.
Todas poseen la misma raigambre.

Sitios sagrados, como Delos,
plenos de interrogantes,
recintos en los que offician
su ritual cientos de gaviotas,
letanía el fragor de su plumaje.

En los relatos mitológicos,
esa ínsula estaría atada con cadenas
a las honduras escabrosas del océano.

El mito vive y se nos revela cada día.

Cuántas veces vivimos anclados
a los piélagos de la pesadumbre,
cuántas veces nos vemos rodeados
por la líquida acritud del sinsentido,
cuántas veces nos enfrentamos
a los monstruos que atizan soledad.

Deseamos escapar de ahí,
pero irónicamente
nos aferramos a la salsedumbre.

Delos es mi isla de luz,
fiel horizonte
en la vigilia y en el insomnio.
Sostengo que es la restauración del mito
y que en su seno circula la savia sacra.

Que nunca se ensombrezca en la memoria.

Isla es el mundo.
Isla es la casa.
Isla es el cuerpo.
Isla soy yo.

*Ut queant laxis
Resonare fibris
Mira gestorum
Famuli tuorum
Solve polluti
Labi reatum
Sancte Ioaness.*

PABLO EL DIÁCONO, *Himno a San Juan Bautista*,
siglo VIII d.C.

Con admiración para Guido d'Arezzo

En palabras del Génesis se lee
que todo ser vivo tendría
el nombre que el hombre le ofrendara.

De por vida
se le concedió al ser humano ese poder,
bautizó a los peces, a las aves
y a los animales todos por millares
y a un sinfín de objetos existentes y por existir.

Así por siempre le pertenecen
y cada vez que los convoca
vuelve a darles vida.

Eso lo sabía Guido el monje,
el de la Orden de San Benito,
el de la mano guidoniana,
el de la clave de fa,
nuestro Guido d'Arezzo,
el hombre que nombra,
amante de la música y virtuoso de los coros.

Hace innumerables lunas llenas
en un monasterio enmudecido,
con la retraída luz
que tañía el arco de un ventanal o los vitrales,
o ante timoratas lámparas de aceite,
Guido el monje
iba construyendo una escalinata musical
y gestando su legado.

Una viva línea roja fue el puntal
para crear el tetragrama,
un patrón de cuatro líneas tejería
una urdimbre inquebrantable,
un lenguaje universal,
un engarce de armonías.

Abalorios negros y blancos a perpetuidad.

Entre cavilaciones,
Guido estuvo atento a los sonidos,
se apropió de ellos,
dio nombre a las notas musicales.
Al nombrarlas,
se eternizarían en partituras.

El nombre es sagrado.
El nombre es alma.

Así la música
vuelve a pregonarse en el éter.
Así se refigura el mundo.

*Todos beben de alegría
en el seno de la Naturaleza.
Los buenos, los malos,
siguen su camino de rosas.
Nos dio besos y vino,
y un amigo fiel hasta la muerte;
voluptuosidad le fue concedida al gusano
y al querubín la contemplación de Dios.*

FRIEDRICH SCHILLER, "Oda a la alegría"

Himno universal.
Poesía y música en hermandad.
Simbiosis de esplendor.

Alegría
es salir del abismo con pequeños pasos,
es tocar la nieve aunque los dedos se entuman,
es llegar al cráter del volcán dormido,
es caminar bajo la lluvia para renacer.

Schiller dio luz a sus versos
desentrañando un ovillo de emociones.
Beethoven, sin escuchar al mundo,
extrajo los sonidos del pozo de su ser.

Un todo en sinfonía.

Siete colores jubilosos en el firmamento:
crepuscular granate en lontananza,
azafranado crepitante en la montaña,
pajizos movimientos de trigales,
fragancia aceitunada de los bosques,
azulina fidelidad del lago solitario,
índigo boreal del obstinado océano,
viento violáceo que anuncia tempestad.

Siete las notas que atraviesan el espacio
enhebrando una armonía fraternal.
Estallan los chelos, los violines y las violas,
se agita el aire de las flautas travesas,
trepidan percusiones y fagots,
la orquesta asume un ímpetu voraz.
Voces en ensamble, los coros,
con pleno brío alaban lo divino.

Sonido reverberante, descomunal.

Nos transporta esta música
a un sitio que anhelamos,
como si fuéramos aves,
como si tuviéramos alas,
como si unos brazos nos deslizaran.

Se identifican las almas.

Oda a la alegría nos aleja
de la desolación,
del desamparo,
del desaliento.

Es lluvia de estrellas,
una estela luminosa.

Escuchando el *Adagio* en sol menor,
de Tomaso Albinoni.

*La música puede dar nombre a lo innombrable
y comunicar lo desconocido.*

LEONARD BERNSTEIN

Himno a Leonor, mi madre

Violonchelos lejanísimos
emiten las notas más tristes
que los vitrales pueden albergar,
como la hambrienta luz que pasa a través de ellos.
Reiteran la desolación del mundo.

La batuta apenas se balancea.
Pleno de dulzura áspera,
el sonido de las cuerdas rasga las entrañas.
Jirones las fibras de mi cuerpo
al evocar aquel domingo sombrío.

Estela funeraria tu recuerdo.

El violín llora conmigo por tu ausencia,
repite en cada nota
el dolor de aquella tarde en que partiste
y quedé petrificada en el mutismo.

Dolor solemne.

Dolor de antaño y de hoy.

Dolor que se perpetúa
en las reverberaciones de los instrumentos.

¿De dónde emerge esa avalancha
de destellos mudos que obnubila?
Casi no puedo dibujar tu rostro,
sólo la melodía esboza el palpitar de tu mirada.

Llegué a tiempo aquel domingo,
acaricié tus manos
sin intuir los pasos tan cercanos de la muerte.
Horas después, mientras dormías,
las alas de un ángel fueron tu mortaja.

Tal vez por un sendero cubierto de hojarasca
llegaste al útero de la luz,
donde germina la música de las estrellas
que renace en cada nota del pentagrama.

Orfandad es salitre en el alma.
Orfandad es la penumbra gélida,
luna nueva que se eterniza,
ciega luz de luciérnagas.

La orfandad resuena en los latidos del órgano.
Latidos huérfanos.
En silencio pronuncio tu nombre
que lentamente
va desvaneciéndose en la lejanía
hasta que la batuta calla.

TALÍA

Soy Talía,
heredera del linaje de Zeus y Mnemosine,
mis padres,
soy madre de los Coribantes.

Me ofrendaron el legado señorial
de la comedia y del canto pastoril,
por eso llevo la sonrisa impresa en mis labios.
Todos dicen que poseo una mirada juguetona,
nunca se gestó en mí
la sobriedad tatuada en los rostros adustos.

Incontables son los pliegues de mi vestimenta,
como las alegrías que prodigo.
Mis padres afirman que a diario renazco
porque así lo dicta mi nombre.

De por vida sostengo entre mis manos
una máscara risueña,
también un báculo como símbolo
de guía y de custodia.

Luzco unas hiedras sobre el cabello,
hojas perennes que me perpetúan.
Ligeras mis sandalias,
me permiten percibir la savia de los suelos.

Difundir la comedia para el goce de la gente
es mi cometido y mi fascinación,
aunque en las almas prevalezcan
rancios vestigios de pesar.

Enmascaro las fatalidades de los hombres
y aligero la carga de sus jornadas.

Inspiro a comediantes, mimos,
bufones y saltimbanquis
para que engendren instantes de júbilo.

Mi hermana Melpómene y yo
señalamos designios opuestos.
Ella personifica el destino trágico,
yo encarno el devenir festivo.
Ambas nos complementamos,
dualidad insobornable.

Máscara sonriente,
máscara vivaz,
máscara mágica.

Estampa imperecedera.

*Esta diferencia es también la que
distingue a la tragedia y la comedia;
esta pinta a los hombres peores de lo que son,
aquella, mejores que los del presente.*

ARISTÓTELES

*...y cuando por fin apareció una nueva forma
de arte, que saludaba a la tragedia, su antepasada
y soberana, se vio con espanto que la comedia
ática reproducía los rasgos de su madre,
pero justamente los rasgos de su larga agonía.*

FRIEDRICH NIETZSCHE

Con la sonrisa cincelada en la máscara,
ofician los comediantes en la escena.
Había que mostrar el júbilo,
conjurar los pesares,
extirpar los tatuajes que en las entrañas
dejó perpetrados la tragedia.

De las cenizas del antiguo teatro
germinó un surtidor de risas
entre juguetones escarceos bufonescos
de ironías, sarcasmos y ardides.

Hierve la hilaridad de los histriones,
al unísono ríen los espectadores
como lo haría una manada de hienas.

Y el recinto absorbe ese eco burlón.

Comedia de capa y espada,
comedia de costumbres,
comedia de enredos,
comedia de sátiras.

Añejos artificios cómicos
siguen revelándose en nuestros días.
Quizás en el escenario enmascaran
lo sombrío de unas almas cavernosas,
la verdad que ocultan sus vacíos.

Y nosotros como actores encubiertos,
entre mimetismos trashumantes
parodiando vamos por dédalos banales.
Mejor sería desdoblarnos en espejos
y reírnos de nosotros mismos.

¿Nuestras jornadas son acaso una farsa,
una pantomima incorruptible
que nos ciega y nos impide ver una salida
para lograr una catarsis expiatoria?

Ostentamos quizás una sonrisa de careta
porque la nuestra es tan huidiza y breve
que sería imposible eternizarla.

*¡Oh raza afortunada la de las aves! Ni en invierno
tenemos necesidad de túnicas ni en estío nos molestan
los abrasadores rayos de un sol canicular. En los valles
floridos, a la sombra del tupido follaje, hallo fresco
reposo mientras la divina cigarra enfurecida por
el calor del mediodía deja oír su agudo canto...*

ARISTÓFANES, *Las aves*

*Las aves conservan, entre nosotros,
algo del canto de la creación.*

SAINT-JOHN PERSE

Hace un cúmulo de siglos,
aves descendieron del cielo
a un escenario de comedia
transformándose en actores.
Su legado late aún en nuestros días.

En su condición de comediantes,
con fastuosas plumas de arcoíris
departen con lenguaje de los hombres
que nosotros podemos entender.
Atuendos y máscaras parecen reales,
sólo les faltaría urdir el vuelo.

Ya no son trinos, son palabras
que revelan el trasfondo de su ser.
Coro y corifeo parodian sin cesar,
dialogando orgullosos de sus alas.
Mascarada aristofánica.

Un linaje singular portan los pájaros.
Vínculo entre el cielo y la tierra.
Emblema celestial.

Plumajes que surcan distancias,
cantos que llegan hasta el firmamento,
avecillas que emigran a sus santuarios.

Cuántas veces deseáramos tener alas
para huir de nuestras tribulaciones.

Al posarse un pájaro en el pretil del ventanal
su melodía nos aliña la jornada,
cuando una bandada ensombrece el cielo
miramos hacia lo alto con asombro.
Pero jamás descifraremos sus secretos.

Sólo el rey Salomón
conocía el lenguaje de las aves.

Así lo revela el Corán.

Así lo revela el mundo.

Grabado del siglo XII
del Códice Hortus Deliciarum (ca. 1150),
de Herrad von Landsberg.

*Los hombres en general no son sino
marionetas maltratadas por un titiritero.*

GIOVANNI PAPINI

No nacieron en este tiempo,
una mano las creó
un sinfín de años atrás.

Con sus hilos invisibles, ágiles marionetas
urden tramas y movimientos mágicos,
asideros en los albores de la infancia.

Maderas que hablan, sienten,
lloran o ríen,
asumen su destino innato
y siempre cuentan su propia historia
que también puede ser la nuestra.
Con rostros pintados como histriones,
hipnotizan a la concurrencia.

Y empieza la metamorfosis.

De espectadores
en marionetas nos transformamos
porque ellas escenifican nuestras vidas.
Nos reflejamos en sus rostros
como en solidario espejo
y juntos en el retablo somos personajes.
Taumatúrgico ritual.

¿Acaso sigue viva en nuestros días
la caverna platónica con su teatro de sombras?

¿Somos, como sugería Khayyam,
sólo marionetas que maneja el firmamento?

Quizás un gigantesco ovillo dispone los hilos
que esgrimen nuestra existencia.
Y como las figurillas,
con obediencia ciega
nos sometemos al designio del titiritero.

En el mundo antiguo se gestó el teatro de muñecos
y se esparció por los confines perpetuándose.

Las marionetas de hoy son las de siempre.

¿Qué mano cortará los hilos en el trance de la muerte?

*Del italiano arlecchino,
y este del francés antiguo
Hellequin, que era el nombre
que se le otorgaba a un diablo.*

Arlequín de arlequines,
el único,
el enmascarado,
el paradigmático.

Ícono medieval.

El arlequín encara con máscara negra
y rombos coloridos en su alegre ropaje
el curso corriente del diario existir.

Sombrero de dos filos
como dos los rostros que ostenta.
Un sable a manera de cetro.

Escudo o armadura,
la careta disfraza su verdadera mirada.

Dualidad el rombo de su traje,
dos triángulos invertidos lo conforman,
y se repiten una y otra vez.
Igual de antagónicos sus dos semblantes,
uno el que se muestra y otro el que se oculta.
Reverso y anverso de una insignia.

Esencia arlequinesca,
un mago de la astucia el saltimbanqui,
hila intrigas, teje embrollos,
con burlesca y cómica sonrisa
vuelve serio lo insulso y viceversa.

A todos brinda risas y escarnios,
pero en el fondo gotas de pesadumbre
rezuman hacia un pozo avinagrado.

Así enfrenta su propio mundo.

Sigue vivo en nuestros días,
aunque mude de piel su vestimenta.

Arlequín diurno, arlequín nocturno,
¿acaso hasta en sueños se disfrazo?

¿Cuál es su rostro verdadero?
¿Qué imagen le devuelve a solas el espejo?

TERPSICORE

Soy Terpsícore,
nací de las nueve noches de amor
entre Zeus y Mnemosine.
Él, dios de dioses.
Ella, encarnación de los recuerdos.

Soy la musa de los pies que danzan
y del canto coral.
Se dice que la ligereza envuelve mi figura
y que soy ícono de lo bello.
Melódico es mi nombre,
susurra que me encanta bailar.

Con orgullo porto una corona de flores
y una lira en la mano izquierda.
Mi delgadez se cubre
con las múltiples plegaduras de mi manto.

En el monte Helicón
aprendí la danza,
a dominar el equilibrio de mi cuerpo.

Ligera como el viento
danzo y canto.
Adopto un rostro distinto en cada huella.

Con las manos y la mente dirijo
los movimientos de los bailarines,
canalizo ahí mis emociones,
brazos y piernas al unísono.
Las manos se dirigen al cielo,
las puntas de los pies sostienen el mundo.

Ritmos, cadencias, armonía del cuerpo.
Un todo.
Virtuosismo.

Camino de la mano con mi hermana Euterpe,
la musa melómana.

La música penetra la piel,
invade el cuerpo,
surge el movimiento,
emerge el arte.
Libertad del ser.

Danzas ancestrales,
danzas de hoy,
un ritual inmarcesible
en el espacio y en el tiempo.

En el alma de los bailarines,
derramo el movimiento del infinito.

Derviche se deriva del persa *darviš*,
que significa pobre, místico errante.

*Ven,
te diré en secreto
adónde lleva esta danza.
Mira cómo las partículas del aire
y los granos de arena del desierto
giran sin norte.*

YALAL AD-DIN MUHAMMAD RUMI

Danza giratoria,
giros, giros, giros,
un girar perpetuo,
como si fueran los planetas
revelándose en un espejo.

Porque el movimiento jamás se contendrá,
porque es la encarnación del tiempo,
como los exhaustos carruseles de luces,
como una noria inmemorial,
como el péndulo de un reloj insomne.

Cielo y Tierra en vínculo sagrado.

Misticismo, sobriedad, meditación.

Los derviches, como los astros,
no chocan, no se tocan,
ni siquiera se rozan.

Sus rostros parecen en trance,
la cabeza inclinada.
Brazos abiertos para abarcar la presencia.

En ceremonia las manos,
una con la palma hacia arriba,
la otra con la palma hacia abajo.
Mágico equilibrio en los pies.
Fiel de la balanza el cuerpo.

Una flauta de cáñamo y tamboriles,
protagonistas del ritual.
El alma de la música
se hermana con la divinidad
y estalla el éxtasis.

Samâ.

Tránsito espiritual,
maridaje con el Cosmos.

Negro y blanco,
estandartes de vida y de muerte.

Danza de los derviches.
Es vislumbrar por un instante
el espíritu del universo.

Una orquídea que se abre hacia la luz.

Danza del Fuego Nuevo,
danza tradicional prehispánica.

*Este mundo, que es el mismo para todos, no
ha sido creado por ninguno de los dioses ni de los
hombres, sino que fue siempre, es y será fuego
eternamente vivo que se enciende según un orden
regular y se apaga según un orden regular.*

HERÁCLITO DE ÉFESO

Arde el pebetero,
se elevan los brazos de fuego
para nutrirse de nueva luz.

Una pira sagrada el universo,
surtidor de la lumbre inmortal.

Fuego atávico.
Fuego mítico.
Fuego simbólico.
Fuego cósmico.

Flamas como glifos que son enigmas.

Inicia la danza,
pasos cortos, pasos largos y giros
se entretejen con el pasado.

Las plumas de quetzal, dedos del viento.
Atecocolli, el eco del caracol marino,
una alabanza del propio mar,
se integra al cosmos
hasta llegar al refugio de los muertos.

La divinidad se hace presente.

Espacio místico,
círculo donde se transfigura el sahumero.
Arden los incensarios,
los danzantes esparcen el copal
hacia los cuatro rostros de la tierra,
hacia el cielo y hacia el inframundo.

Al ritmo del tam-tam de los tambores
el ritual es ofrenda viva,
convoca el espíritu de la salamandra.
Danza sacra, catártica.

Crisol que regenera el mundo.
Así lo atestiguan los códices.

Si las llamas como savia restauran,
también son devastadoras.
Cuántas veces ardemos de pasión o desconsuelo
y nos consumimos,
pero como los suelos nos renovamos.

Al despertar, en cada uno de nosotros
laten las alas de un fénix
que nos hacen conjurar nuestros demonios.

Sólo el fuego cauteriza.
Sólo el fuego vivifica.

Piotr Ilich Tchaikovsky, *El lago de los cisnes*.

*El alma del filósofo habita en su cabeza;
el alma del poeta, en su corazón; el alma
del cantante reside en su garganta. Pero el alma
de la bailarina tiene su morada en todo su cuerpo.*

GIBRAN KHALIL GIBRAN

Para Ximena, mi nieta bailarina

En las aguas dos cisnes se perfilan.
Con alas blancas,
el plumaje fastuoso del día.
Con alas negras,
el plumaje perverso de la noche.

Aves acuáticas danzantes,
tornasoles diurnos y nocturnos.
Dualidad vibrante, incontenible,
y el lago es testigo de la pugna.

Aves de luz.
Aves míticas.
Aves celestes.

Desde el firmamento,
la inquisidora luna
enardece la superficie líquida.

Como si una mano las guiara,
las bailarinas serpentean en puntas
pretendiendo rozar las estrellas.
Sus cuellos largos destilan elegancia.
Con vestuario de plumas,
danzan al ritmo del vaivén del viento
y comienza el mimetismo.

Gira el cuerpo de baile
como una legión de derviches
con atuendos inmaculados.

Música y danza un ensamble
orquestrado en *pas de deux*.
Encantamientos, hechizos,
un búho brujo como efigie del mal.

Metamorfosis mágica.

Odette, la princesa cisne,
un ícono imperecedero,
como lo fue Ofelia en su última escena.

Eros y Tánatos,
rivales acérrimos en el boscoso escenario.

Blanco y negro.

Vida y muerte.

Danza de las Horas, ballet de la ópera
La Gioconda, de Amilcare Ponchielli. Libreto
en italiano de Arrigo Boito, pero firmado como
Tobia Gorro. Se basó en el drama de Víctor Hugo
titulado *Angélo, tyran de Padoue*.

El Gran Relojero
permea los minutos
como si fueran gotas de agua
resbalando en los cristales.

Danza y música se acoplan
en un espacio que es tiempo,
donde las horas bailan
encarnando la cadencia del tictac.

Al principio los instantes se perciben lentos,
las notas y los pasos se encienden al final
y los segundos transitan ya sin tregua.
Los brazos de las bailarinas
son manecillas persistentes
que se desdoblán una y otra vez
en la imagen de un espejo múltiple.

Danzarinas que dan vueltas y vueltas
como el minuterero en el cuadrante
mientras el tiempo se escabulle
desde los bosquejos del alba

y los sollozos del crepúsculo
hasta que el rostro de la umbría
cubre la filosa fugacidad del escenario.

Juego de claroscuros.

El sonido del triángulo,
como daga, insistentemente
nos recuerda lo efímeros que somos.
Al unísono, el cuerpo de baile
nos reitera nuestra condición de mortales.

Así la existencia.
Así el amor.

Existe un solo péndulo para todos.
Una hoz irredenta, un hacha que cercena,
que invisible transita encubierta
en nuestra *Danza de las Horas*.

El gran reloj nos observa noche y día
y sigue su peregrinaje.
Y nos va arrastrando con él.

La cera de las velas se agota,
las páginas leídas se tornan amarillentas,
los pétalos de las flores se avejentan,
la piel se apergamina y el cabello se destiñe.

Como sombras caminamos
hacia la rosa negra de la oscuridad.

URANIA

Soy Urania,
Zeus fue mi padre y Mnemosine mi madre,
en un parto único nacimos las nueve hijas,
soy la más joven de las musas.

Mi sonrisa perenne germinó
porque fui la última en nacer.
Por mí no pasa el tiempo,
mi edad se mide en años luz.

Mi sino es contemplar el firmamento.
Soy amante de los astros, de sus augurios
y soy también consorte de las ciencias.
Conmigo llevo una esfera terrestre,
quizás algún compás.

Como mis hermanas,
soy numen para los elegidos,
los incito a mirar el cielo
para atrapar estrellas,
para ver en la luna la silueta de un conejo,
para que su existencia trascienda lo visible.

Acicalo mi diadema con lluvia cósmica,
mi color es el azul, así mi vestimenta,
mi manto salpicado de luceros
en su arrastre fragua tormentas siderales.

Deambulo entre soles, lunas,
cometas y galaxias lejanas,
mis pies franquean cualquier distancia.

Mis ojos devoran el infinito,
mis pupilas viajan perpetuamente en lejanía,
en un parpadeo recorro lo absoluto del cosmos.

Con las manos horado la bóveda celeste
urdiendo agujeros negros, pero también blancos.
Mis dedos se cubren de polvo estelar.
El eco de mi voz se funde entre nebulosas,
escucho sonidos lejanísimos como nadie
y mi canto es celestial.

Portadora de eclipses, esbozo la línea
que disocia fulgores de tinieblas.
No me ciegan los destellos
ni enceguezco en la penumbra.

Heredé la memoria de mi madre,
conozco el número de estrellas
que han existido, sé cuántas palpitan hoy
y cuántas más emergerán.

Transitando en el viento astral
vislumbro las almas trashumantes,
el espíritu de quienes han muerto.

Zodiaco proviene del griego *zoidiakós*,
que significa 'el círculo de los animales'.

Reloj Astronómico de Praga,
reloj medieval que se encuentra
en la pared sur del Ayuntamiento
de la Ciudad Vieja de Praga.

Anclados en éter,
los racimos de estrellas se mimetizan
en figuras humanas o animales.

Como si la araña ancestral
tejiera hilos invisibles
y prendiera con alfileres los astros.

Un concierto de fulgor en las alturas.

Doce constelaciones
nos observan desde la lejanía.

El morueco con sus pupilas de fuego
que derrite los inviernos.
La indómita cornamenta del toro
y su sangre encarnada en brío vital.
El dualismo en espejo entre mellizos
que los nombra mensajeros del verano.
La calcárea coraza del cangrejo

originario de las aguas arquetípicas.
La melena vigorosa del león
con su ostensible poder en un rugido.
La mujer con su savia vitalicia
que porta los rostros de la luna.
El augurio del fiel de la balanza
con su viento otoñal que matiza los días.
La mortífera púa del escorpión
que habita entre escondrijos en la sombra.
La saeta imbatible del arquero
que descarna el corazón de los ocasos.
La cabra portadora de cantos invernales
y paisajes plenos de escarchas melancólicas.
El anciano con idénticas vasijas copiosas
que colman por siempre la sed de cada ser.
La magna marea con dos peces a la inversa
que en catárticas aguas se eternizan.

Es el Zodiaco vivo,
redondel enigmático.

Hierofanías celestes.

Historias atávicas narran las estrellas,
mitos fundacionales constelados.
La presencia de las divinidades permanece,
testimonios del hombre en lontananza.

Y nosotros desde aquí
en intercambio de miradas,
descifrando el ciclópeo jeroglífico
que cintila a la par de nuestros parpadeos.

Siluetas zodiacales,
como sombras de oráculos
que presagian nuestros destinos.

Astrolabio, voz tomada del griego *astrolábion*,
compuesto de *ástron* y *lambánein* 'tomar (la altura)'.
*Somos polvo de estrellas
que piensa acerca de las estrellas.*

CARL SAGAN

Miles de luciérnagas en las alturas,
enjambres de luz custodian enigmas.

Desde siempre los seres
han escudriñado el firmamento
buscando absortos un meandro,
un atisbo que descifre laberintos.

¿Por qué indagar en un espacio tan remoto,
pleno de astros clandestinos,
si apenas conocemos las grutas de la tierra,
si apenas descubrimos arrecifes en los mares,
si apenas comprendemos nuestros sueños?

Porque el hombre por naturaleza inquiera,
abre cualquier caja de Pandora
sin importar calamidades o infortunios.
Y también escarba
en la esencia de las cosas,
en la entraña de las cúspides nevadas,

en la melancolía bermeja del crepúsculo,
en la arena más hambrienta del desierto.

Y nació así el astrolabio,
en antiquísimas épocas.
Con ojo voraz su aguja inquisidora
apuntó al sitio donde se cruzan las miradas,
sus discos como réplica de la esfera sideral
y en su araña conviven los signos zodiacales.

Es la misma imagen
de la araña que en el cosmos habita,
que entreteje mundos y agujeros negros.

Como lazarillo
para astrónomos y navegantes,
el astrolabio trascendió por siglos
revelando indicios encubiertos.
Siempre en busca de estrellas nuevas
aunque latieran en el éter
desde hace miles de años luz.

Guía y comparsa,
mano incorpórea en la negrura.

*Los días son quizás iguales
para un reloj, pero no para un hombre.*

MARCEL PROUST

Y nos preguntamos,
¿qué es el tiempo?

Porque lo sentimos en la piel
desde que nacemos.
En el color de los sembradíos,
en los pétalos sedientos, en el vuelo huidizo del ave,
en un manojo de recuerdos, en la voz del eco,
en la muerte de la luz
lo percibimos.

Es pátina sobre las rocas míticas,
es pátina sobre las rocas sacras.

Como el colorido del crepúsculo
la existencia se va desvaneciendo.
Furtivamente,
miramos transcurrir el mundo,
miramos cruzar las sombras.

Somos acaso instantes,
un guiño, una pavesa, una estrella fugaz,
una mirada efímera.

En partículas se divide el tiempo
porque no podríamos soportar lo infinito.

Tal vez por eso se concibió el reloj,
para albergar la quimera
de que somos dueños del tiempo,
porque se escabulle como las aguas de Heráclito
sin que jamás vuelva a tocarse la misma gota.

Reloj de agua.
Reloj de sol.
Reloj de arena.

Un péndulo se abate sobre nosotros.

Reloj milenario
que respira desde antes que el mundo.
Símbolo de la rueda primigenia,
ojo perpetuo de los tiempos.
Por él sabemos la edad de las primeras piedras,
del primer altar, de los jeroglíficos
que custodian testimonios de la tradición.
A veces parece que las manecillas esbozan ideogramas
o que el ayer encarna en esa pulsación infatigable.

En los relojes el pasado es ceniza,
pero como fénix siempre reverdece.

No soy prisionera de las manecillas
porque así conjuro el paso del tiempo,
sólo pretendo vivir el instante del alba y del ocaso.

Un reloj oxidado el momento de la muerte.

Cosmovitral,
El hombre y su relación con el universo.
Ciudad de Toluca.
Creación de Leopoldo Flores (1934-2016).

*La auténtica obra de arte no es
más que una sombra de la perfección divina.*

MIGUEL ÁNGEL

Un vitral el universo,
manos virtuosísimas lo fraguaron.
Elipses, esferas, espirales
se repiten miríadas de veces,
legiones de estrellas esparcidas por doquier.
Mundos sin nombre, sin tiempo.

Nuestros ojos no podrían abarcar la inmensidad,
sólo visiones fragmentarias.
Percibimos eclipses, lluvias de estrellas,
una aurora boreal
o máscaras lunares que gestan sombras o mareas.

¿Cómo plasmar aquel vitral cósmico
en una réplica para los mortales?

Manos artistas recrearon minuto a minuto,
pieza por pieza, una cosmogonía ancestral.

Luz transfigurada
que susurra el entonces y el ahora.

Desde remotos tiempos el vidrio fue absorbiendo
los colores que emergen de la bóveda arcana.
Maridaje de tonalidades.
Luz de luces, juego de candelas,
haces cromáticos, arcoíris caleidoscópico.
Hermetismo que se devela hasta formar un todo.
Los huecos se colman, no hay vacíos.

Ars magna.
Ars combinatoria.

Un continuum,
imagen de lo absoluto, sin principio ni fin.
Vislumbres de visos vivos.

Se repiten y se amalgaman las formas.
Semen del origen de todos los tiempos.
Huevo primigenio, fruto del vientre sideral.

Andrómeda, la mujer.
Orión, el cazador.

Entramado de dualidades, lucha sempiterna.
Ojos de búho como remolinos fulgurantes
encaran las alas ambiciosas de un águila voraz.
Ímpetu de los contrarios,
aves diurnas y nocturnas.
El movimiento, aleteos palpitantes.

Y el hombre inserto en un círculo ígneo.

Entraña de savia, entraña de agonía.

Hombre de luz.

Luz crepuscular.

Luz oracular.

Silvia Pratt (Ciudad de México, 1949). Poeta, traductora e intérprete de conferencias. Es autora de los poemarios *Caldero ciego*, *Encendido espacio*, *Crujir de la hojarasca*, *Espiral irrepitable*, *Isla de luz*, *Trazos*, *De tarde en tarde el arco iris*, *Urdimbre circular*, *Raíz de la memoria*. (*Antología personal 2000-2004*), y *Poeglíficos*. Ha publicado la traducción de más de una treintena de libros de autores franceses y quebequeses. Becaria del Fonca en el Programa de Intercambio de Residencias Artísticas México-Quebec (poesía), junio-octubre 2002; en Traducción literaria, 1997; en el Programa de Apoyo a la Traducción (Protrad), 2014-2015. De 2003 a 2006 fue miembro del Consejo Consultivo del Centro Internacional de Traducción Literaria de Banff (Canadá), como representante de México nombrada por el Fonca.

En 2005 recibió una distinción honorífica de la Universidad de Quebec; en 2006 obtuvo la Gran Orden de Honor Nacional al Mérito Autoral, otorgada por la SEP e Indautor, por la relevancia de su obra; en 2009 recibió la Condecoración de la Orden de los Francófonos de América, conferida por el Gobierno de Quebec, Canadá. Participa como traductora, intérprete y asesora de lenguas en el Festival de Poesía Las Lenguas de América. Carlos Montemayor, desde 2004. Se le hizo un homenaje en la Feria Internacional del Libro Estado de México (FILEM) en 2021. Pertenece al Sistema Nacional de Creadores de Arte (SNCA).

REVELACIONES DE LAS MUSAS

Revelaciones de las musas es un poemario en el que me remito al universo simbólico, a los mitos, a la tradición. Para el ser humano es vital conocer sus orígenes y sus raíces, indagar en la herencia que plasmaron las generaciones precedentes. La existencia del hombre es una eterna búsqueda, por lo cual en este libro se ahonda en testimonios, símbolos, objetos y vestigios: pinturas rupestres, jeroglíficos, catacumbas, sarcófagos, relieves en muros, la piedra como elemento sacro, esculturas, retablos, vitrales, rosetones, himnos, entre otros. Esto conforma la tradición, la memoria, y es importante incursionar en la riqueza de su ilimitado contenido con objeto de re-dimensionarlo, de hacer una re-figuración, de relegitimizar verdades fundamentales.

Al hacerse cargo de la tradición, el poeta acepta riesgos, se interna en los laberintos del conocimiento y responde a él: re-significa el pasado. Asume la responsabilidad de la memoria para ofrecer una visión propia de acuerdo con su espacio y tiempo.

El volumen es unitario y está estructurado en nueve segmentos, que corresponden a cada una de las musas, hijas de la deidad de la memoria; los poemas de cada segmento hacen alusión al designio de cada una de ellas a través de los referentes mencionados.

